



EL
MAESTRO
DE
MILAGROS

una novela corta

Emanuel Elizondo

EL MAESTRO DE MILAGROS

por

EMANUEL ELIZONDO

Este libro **gratuito** se escribió para recaudar fondos para los gastos médicos de Marcos y Santiago. **Puedes compartirlo con otros y ayudar a difundir su historia.**

Para leer su historia y donar, visita
<https://www.emanuelelizondo.com/donar>

Para donar en México: https://www.moneypool.mx/p/Rxxg6_I

Para donar en México y el extranjero por medio de
transferencia:

MILKA ESTRADA CARRILLO

Banco: BBVA Bancomer

Tarjeta: 4152 3140 4215 8736

CLABE: 0125 8001 5475 6935 61

SWIFT: BCMRMXMMPYM

Se puede donar en México y el extranjero por PayPal a esta
dirección: emanuelelizondo@me.com

Derechos reservados © 2022 por Emanuel Elizondo. Prohibida su venta o
reproducción inadecuada o sin permiso del autor.

1

Siglo I
Provincia de Galilea...

Isaac escuchó la conversación en silencio, con cuidado de que no se percataran de su presencia.

Pegó su oído a la puerta de madera —la puerta de entrada a su casa—, y suspiró hondo para

tranquilizar su respiración y así escuchar mejor.

—... si tan solo me espera unos días más, el dinero lo tendré listo. Lo prometo —escuchó. Era la voz de su madre. Por el tremor en el timbre, reconoció intentaba contener las lágrimas.

—No soy un monstruo, señora Elisa —dijo otra voz, de un hombre.

—Lo sé, mi señor. Es por eso que apelo a su clemencia.

—¿A mi clemencia?

—Sí...

—Ha apelado a mi clemencia por mucho tiempo ya. Más de un año. También soy un hombre de negocios, y soy un hombre que sigue la ley de Dios. Y la ley de Dios exige que se pague lo que se me debe.

Hubo una pausa, un silencio. Isaac contuvo la respiración. Esperaba que su madre no dijera nada que ofendiera al hombre, quien dijo que “seguía la ley de Dios”, cuando era considerado por los fariseos y escribas como un hombre pecador.

Finalmente su madre habló de nuevo:

—Usted sabe que desde que... desde que...

—Lo sé. No tiene que recordármelo de nuevo.

Siempre me lo recuerda. Y lamento mucho lo sucedido, señora Elisa, pero el tiempo de gracia se ha acabado. Yo necesito que mi deuda sea saldada.

—Una semana.

Otra pausa. Probablemente el hombre la miraba con una mezcla de tristeza e incredulidad.

Isaac quería entrar. Abrir la puerta, correr a los brazos de su madre, y decirle que todo estaría bien. Que incluso si perdían sus posesiones, se tendrían los dos, y eso era suficiente.

Pero se quedó allí, en silencio. Esta era una conversación que no debía interrumpir. El hombre, además, si bien era pequeño, tenía un temperamento grande. Lo había visto explotar antes, y no quería que se repitiera.

—En una semana no podrá pagar lo que me debe. La única manera es con lo que le dije.

—Pero esta casa es todo lo que tengo. Si se queda con ella, ¿a dónde iré yo?

—Con familiares.

—No tengo familiares.

—Imposible. Encontrará algún familiar que le pueda acoger, junto con su hijo.

—¡Pero esta casa es todo lo que tengo! ¡Todo lo que me queda!

—Escúcheme bien, señora Elisa. La venta de esta casa cubrirá solamente la mitad, quizá, de lo que usted me debe. Después de que yo la venda, todavía tendrá que pagar el resto, y con intereses. ¿Entiende usted eso?

—Yo... yo...

—¿Entiende que esta es su única oportunidad? De lo contrario, me veré obligado a tomar posesión de usted y de su hijo y venderlos como siervos. ¿Prefiere eso?

—No —respondió, sollozando.

—Si en seis días no tiene mi pago, vendré al séptimo, y espero encontrar esta casa sola.

Isaac escuchó los pasos aproximarse hacia la puerta, e intentó esconderse, pero no se movió con suficiente rapidez. La puerta se abrió con fuerza, y el hombre se tropezó con él.

—¡Por todos los...! ¡Apártate, niño!

—Disculpe, señor...

—¡No te disculpes! —dijo el hombre arreglando su vestidura de seda y acomodándose el turbante—. Esta ropa vale tu vida dos veces. ¡Apártate, dije!

Isaac se hizo un lado, y el hombre se alejó murmurando algo que se alegró de no escuchar.

Avergonzado, entró a su casa, donde encontró a su madre llorando.

2

El hombre del turbante se alejó de la casa de la señora Elisa murmurando entre dientes algunas cosas que prefería no decir en voz alta. No sea que lo escuchara algún fariseo por allí y terminara metiéndose en problemas.

No que les tuviera mucho miedo a los fariseos. Hace años que lo expulsaron de la sinagoga, y ya no le importaba. Al principio, sí, fue una experiencia traumática. Ser expulsado de la sinagoga significaba ser rechazado también por familiares y amigos.

Pero el tiempo lo hacía indiferente. Por supuesto, de vez en cuando extrañaba ir a la sinagoga, y no podía evitar pensar en la hipocresía de los fariseos, que eran los líderes religiosos de mayor influencia. Eran iguales o peores que él; sin embargo, se hacían pasar por santos que controlaban la reuniones religiosas como bandidos sin escrúpulos.

Bah, pensó mientras caminaba por una calle angosta y maloliente. *Ya qué importa.*

Practicaba una fe privada. Aunque no podía entrar a la sinagoga, siempre acudía a las grandes fiestas en Jerusalén, y se aseguraba de ofrecer sacrificios de la mejor calidad. Así mantenía a los sacerdotes contentos y su conciencia tranquila.

Más bien, eran los fariseos quienes normalmente le tenían a él una mezcla de miedo, rencor y enojo.

Después de todo, él era un recaudador de impuestos. Y no cualquier recaudador. Era el jefe de los recaudadores de su ciudad. Los judíos religiosos —y los escribas y fariseos en particular—, odiaban a los recaudadores de impuestos porque estaban al servicio de Roma. En otras palabras, eran empleados por Roma y protegidos por el Imperio. Pero le tenían miedo porque sabían que, con una instrucción, podía mandarlos al calabozo por no pagar sus impuestos, o por no pagar la cantidad que les exigía.

Y siempre se aseguraba de pedirles más del impuesto exigido a los fariseos. Sonrió al pensar en ello.

Como la gran mayoría de los recaudadores de impuestos, llamados “publicanos” (pues ese era el título oficial de su puesto en el latín de Roma), siempre cobraba un poco más de lo requerido.

Cuando cobras un poco más a mucha gente, con el paso del tiempo invariablemente comienzas a amasar una fortuna.

El hombre del turbante tenía una pequeña pero significativa fortuna. Es por eso que en este momento se encontraba en Genesaret, revisando algunos negocios que tenía en esa aldea bastante lejos de su ciudad natal, en la cual ejercía su trabajo primario.

Caminó ahora por la calle principal, en donde estaba puesto el mercado. Los vendedores, aunque lo miraban hacia abajo, le ofrecían todo tipo de chucherías. Después de todo, su posición social era evidente debido a sus ropajes.

Su traje interior era blanco, de seda finísima, e iba cubierto con un manto de franjas verticales de diversos colores, que iba abierto por el frente y descendía hasta sus rodillas. Un cinto de cuero le ceñía la cintura, y una gema roja adornaba el frente de su turbante blanco, el cual adquirió en un viaje de negocios a Arabia.

Finalmente llegó al próximo lugar al que se dirigía. Una casa hermosa, una de las más bonitas de toda la aldea, pues le pertenecía al médico.

Terminaría sus negocios allí y regresaría al mesón donde se hospedaba, para estar de nuevo con su hijo. Este viaje lo había realizado con su hijo, su único. Pero de camino su pequeño de 10 años comenzó con una fiebre que no cedía. Así que no quería dejarlo solo mucho tiempo. Estaba encargado con su criado.

Tocó a la puerta, y fue recibido por un siervo de tez negra y brazos fuertes.

—Adelante, mi señor, su visita nos deleita —le dijo el siervo.

Lo llevó hasta la sala de estar, en donde se reclinó en unos cojines donde ya le esperaba una copa de vino y un poco de fruta en una mesa.

Poco tiempo después, entró Eliad ben Eliud, el médico.

—Shalom, shalom, bienvenido seas, amigo mío —le dijo Eliad extendiendo los brazos para

abrazarlo. El médico de la aldea era un hombre fornido, de barba larga y gris, con nariz prominente y ojos verdes, penetrantes—. Es bueno verte por acá en el norte.

—Sabes que de vez en cuando debo venir para ver cómo van mis negocios.

—Claro, claro —dijo Eliad con una amplia sonrisa—. Recuéstate, amigo mío, ponte cómodo.

El hombre del turbante lo hizo.

El médico sacó de su cinto una bolsa negra, la cual tintineó al sacudirla.

—Aquí está lo que te debo, con los debidos intereses. —Y le extendió la bolsa. Así era el médico: siempre directo y al punto, sin rodeos.

El hombre del turbante tomó la bolsa satisfecho y dijo:

—Sé que siempre puedo contar contigo para pagar a tiempo. A diferencia de otras personas en estos lugares —agregó con una mueca.

El médico se recostó, se echó unas nueces a la boca, y dijo:

—Sabes que siempre puedes contar conmigo para todas tus inversiones, amigo Zaqueo.

Zaqueo se acomodó el turbante, abrió la bolsa de dinero, y sonrió.

3

Isaac se quedó un tiempo con su madre, consolándola. Pero su madre era una mujer fuerte, así que momentos después se limpió las lágrimas y afirmó el rostro.

—No tiene caso que nos quedemos aquí

lamentándonos —dijo ella—. Debemos orar a Adonai, para que nos ayude a encontrar el dinero.

—Yo puedo conseguir un segundo trabajo, madre —le dijo Isaac.

—¿Además de la panadería?

—Sí, madre. En la panadería estoy hasta la mitad del día. Después de eso puedo trabajar en algún otro lugar.

—¿Pero tus estudios con el rabino?

—Los suspenderé solamente por un tiempo. No permanentemente. El rabino entenderá.

—No lo sé, hijo mío —dijo ella negando con la cabeza, pensativa.

—Saldré a buscar algún trabajo, madre. Si es la voluntad de HaShem,¹ encontraré trabajo rápido. Y si no, sabremos que no es lo que Él quiere.

Cuando salió de su casa, la mitad de una hora después, Isaac ben Jamín se sentía vigorizado. Por

1. HaShem significa “El Nombre”, y es una manera en la que los judíos se refieren a Dios.

un lado, no podía evitar pensar en la tragedia que sería perder la casa. Por el otro, confiaba en Adonai. Él no los había desamparado. Debían tener fe.

A pesar de todo lo sucedido, si algo le había enseñado su madre, era tener fe. Sin importar la dificultad. Sin importar la situación.

El sol se pondría pronto. Así que si quería buscar trabajo, debía apresurarse antes de que se metiera el sol.

Genesaret era un pueblo de tamaño mediano. La calle principal estaba llena de gente. Al principio pensó que conseguir trabajo sería relativamente fácil. Pero encontró que quizás había sido un poco ingenuo.

Aunque tenía ya 15 años, y era de complexión fuerte, con los mismos ojos color miel de su madre y el cabello café rizado de su padre, la mayoría de las personas buscaban a alguien un poco de más edad, o con más experiencia.

El herrero le dijo que viniera a preguntar de

nuevo el próximo mes, puesto que su ayudante, su hijo, estaría en Jerusalén por medio año por alguna razón que Isaac no preguntó. Sin embargo, el herrero agregó que el trabajo sería pesado para un joven como él. Aunque era fuerte, para ser herrero se necesitaban músculos. Isaac le dio las gracias, pensando que el próximo mes sería demasiado tarde.

El molinero, que estaba bastante ocupado, le dijo que podría darle trabajo, pero como criado. El salario que le propuso era bajo (12 cuadrantes),² así que Isaac le dio las gracias y, con mucha amabilidad para no ofenderlo, declinó.

El maestro albañil tenía ya suficientes manos, además de tres aprendices. No podía con otro más. Fue a la tienda de Gersón, quien vendía ropa y sandalias, pero la suya era una operación más bien familiar, así que no tenían espacio para un trabajador más.

Quizás lo más fácil era pedirle más trabajo a

2. El equivalente a 1/5 de denario. El denario era el salario común por un día de trabajo.

don Silem, el panadero. Pero él también tenía ya suficientes manos. No estaba seguro si podría darle más qué hacer.

Así, en medio de la calle, se cruzó de brazos, y miró hacia el mar cercano, el mar de Galilea.

HaShem, oró, guíame Tú.

Entonces vio las barquillas en el mar. Y a los pescadores.

¿Y por qué no intentarlo?, pensó. Iría a pedir trabajo de pescador. No tenía ni idea de lo que se necesitaba para ser pescador, pero era un buen estudiante, estaba seguro que aprendería.

Se acercó hacia la orilla del mar. La mayoría de las barcas estaban todavía mar adentro, algunos lanzando redes, otros remendándolas.

Allá, a un tiro de piedra, vio una en la orilla. Cinco hombres trabajaban descargando la pesca en unas canastas grandes.

Se acercó.

Se quedó allí de pie, viendo a los pescadores trabajar. Uno de ellos —de tez morena curtida por

el sol, de brazos fuertes y cabello negro— parecía ser el jefe por la manera en que hablaba y daba instrucciones.

—Shalom —dijo Isaac, titubeando un poco.

El hombre levantó la vista y arqueó las cejas, como sorprendido de verlo.

—Shalom, hijo —le respondió, y regresó a su labor de descargar peces de la barquilla.

Isaac se quedó allí de pie, no sabiendo qué decir exactamente, puesto que claramente los hombres estaban ocupados, y no quería distraerlos. Miró a su alrededor, buscando alguna barca cercana en donde no estuvieran tan ocupados, pero la única que vio estaba lejos. Miró dubitativo hacia la aldea, pensando que lo mejor era regresar.

—Disculpe, señor pescador —dijo Isaac incómodamente.

El hombre de nuevo levantó la vista, y de nuevo arqueó las cejas.

—¿Sí? —le preguntó, enderezándose.

—Mi nombre es Isaac ben Jamín. Soy de aquí, de Genesaret.

—Qué Adonai te bendiga, Isaac hijo de Jamín —dijo el hombre, con amabilidad pero con algo de apuro—. Como podrás ver, hijo, estamos un poco ocupados con... —le apuntó a los peces a su alrededor.

—Una gran pesca, mi señor —dijo Isaac. El hombre solo asintió, probablemente buscando palabras cordiales para reiterarle lo ocupados que se encontraban.

—Estoy buscando trabajo. De..., eh, de pescador.

Otro de los pescadores, de cabello claro y que parecía un poco más joven, aunque seguía siendo un adulto para Isaac, lo miró, sonrió, y puso sus manos en su cadera, mirando con atención al niño que pedía trabajo.

—¿De pescador? —dijo el de cabello negro—. ¿Cuántos años tienes?

—Tengo quince. Pero ya puedo trabajar. He

sido asistente del panadero por casi un año.

—Ser panadero y ser pescador son dos oficios muy diferentes.

—Lo sé, mi señor, pero puedo aprender.

—¿Dónde está tu padre?

Isaac no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas. La boca se le secó. No sabía exactamente cómo decirlo.

—Mi padre... mi padre no está.

El pescador de cabello negro lo entendió:

—Lo siento, joven Isaac. Que Adonai esté contigo.

El de cabello claro preguntó:

—¿Estás solo?

—No, con mi madre.

—¿Sabe ella que estás aquí? —preguntó el de cabello negro.

—Lo sabe.

—No creo que sepa que estás pidiendo trabajo de pescador. Es un trabajo arduo y peligroso. Las tormentas en este mar son terribles, y

probablemente aterradoras para un niño como tú. En un momento todo está bien, en el próximo los truenos ensordecedores y las olas gigantes amenazan con tirarte por la borda. ¿Estás consciente de eso?

El pescador de cabello claro puso su mano sobre el hombro del de cabello negro y le dijo:

—Pedro, no es necesario que lo asustes.

—No es mi intención asustarlo, Andrés. Pero míralo. Es un niño inteligente. Debe entender que este no es un trabajo para él.

—Se lo suplico, mi señor. Mi madre y yo necesitamos un trabajo extra.

—¿Y el panadero? —preguntó Pedro.

—No tiene ya más trabajo para mí.

—Es imposible que seas aprendiz de panadero y también pescador. Las dos cosas no se pueden, hijo mío. Si quieres un trabajo como este, no puedes dividirlo con otro. Como dijo el maestro, no se puede servir a dos señores. Mejor regresa a tu casa, antes de que se haga más tarde.

En un último intento desesperado, al ver que estaban apunto de regresar a sus labores y dejarlo allí, Isaac dijo:

—Dejaré mi trabajo de panadero y me convertiré en su aprendiz. Haré todo lo que ustedes me digan. Estaré siempre a tiempo, y regresaré a casa cuando me lo indiquen.

Pedro negó con la cabeza y respiró hondo.

—Lo siento, hijo, no...

—Pedro —le dijo Andrés—. Quizás no sea una mala idea tener un aprendiz. Después de todo, nosotros ya no podemos estar tan involucrados. El maestro hace viajes cada vez más seguidos, necesitamos manos.

—Es demasiado joven, hermano.

—Pero es fuerte. Tiene posibilidad.

Así que son hermanos, pensó Isaac. Pedro y Andrés, pescadores.

En ese momento pensó que los había visto antes. Los reconocía de algún lugar. ¿Pero de dónde?

—Demasiado joven —dijo de nuevo Pedro.

—¿Demasiado joven? ¿A qué edad comenzamos nosotros?

—No recuerdo —respondió Pedro, esquivando la mirada de Andrés.

Andrés lanzó una carcajada seca.

—¿Que no recuerdas? Por supuesto que lo recuerdas. Estábamos más chicos que él. Y también recuerdo bien la primera tormenta que pasamos juntos, y si mi memoria no me falla, uno de nosotros estuvo gritando como lunático... y no fui yo.

Pedro levantó las dos manos, como rindiéndose.

—Además —dijo Andrés—, me recuerda a alguien. Esa valentía y tenacidad.

—¿A quién? —dijo Pedro, pero con un tono de voz que hacía evidente que ya sabía la respuesta.

—A ti, hermano mío.

—Está bien, está bien. Pero no creo que sea

una buena idea. Que quede claro. En una semana, cuando desista, te diré “te lo dije”.

—Está bien.

Los dos hermanos miraron a Isaac.

—Habla con tu madre —le dijo Pedro—.

Quiero que me dé su permiso expreso en un pergamino. Si ella está de acuerdo, te esperamos mañana, en este lugar, dos horas antes de salir el sol. ¿Entendido?

—¡Entendido!

—Ahora regresa a tu casa, joven Isaac, y que la paz de HaShem sea contigo.

4

—Tengo que salir pronto, mi estimado Eliad —
dijo Zaqueo—. Dejé a mi hijo con mi criado, y
prefiero no estar lejos de él mucho tiempo.

—¡Pero por favor, amigo mío! —le respondió
el médico. Tómate conmigo una última copa de

vino. Es el mejor que tengo, y los reservé para tu visita.

Zaqueo lo pensó un poco.

—Está bien, Eliad, pero solo un momento.

—¡Grandioso! ¡Biruk! —dijo hablándole a su criado etíope, el cual asomó la cabeza desde el otro cuarto—. Tráenos un poco más de vino y carne seca. Fruta también, de una vez.

Mientras comían, Zaqueo le preguntó al médico sobre su práctica.

—Las cosas van bien —le respondió Eliad—. Todavía tengo casos suficientes aquí para mantener mi práctica. No como en Capernaum.

—¿Qué ha pasado en Capernaum?

—Pues que hay muy pocos enfermos.

Zaqueo entrecerró las cejas:

—¿Sí? ¿A qué se debe?

—Pues ya sabes, al Galileo. Hace milagros.

—¿Te refieres al rabino excéntrico del que muchos hablan?

—¿Pues a quién más? A Jesús nazareno.

—Nunca lo he visto en persona.

—¡Imposible! ¡Todo el mundo lo ha escuchado por lo menos una vez!

—¡Bah! Eso es algo de ustedes los Galileos. Siempre tienen que encontrar algo nuevo con qué entretenerse.

Eliad no respondió. Posiblemente lo ofendió con esa declaración, pero era la verdad. Los habitantes del norte de la provincia de Judea (a la que los judíos llamaban Galilea) eran, en su mayoría, campesinos sin letras, sugestionables y fácilmente engañados.

En cambio, Zaqueo residía en Jericó, que aunque no era una ciudad tan grande como Jerusalén, su cercanía a la capital la convertía en el lugar ideal para habitar. Menos gente, mucho comercio. Un estándar de vida más alto que otras ciudades, incluso ciudades de Judea.

—Sea como sea —continuó el médico—, el rabino Jesús hizo de Capernaum su base. Es donde pasa más tiempo con sus discípulos.

—¿Tiene discípulos?

—Sí. Pescadores y... ¡un publicano, de hecho!

Y otro dicen que fue zelote.

Zaqueo sacudió la cabeza, atónito:

—*Imposible.*

—Sí, aunque no lo creas. Te lo digo, amigo, a Jesús de Nazaret lo tienes que escuchar por lo menos una vez. No es un rabino típico.

—Ya me doy cuenta.

¿Un publicano entre sus discípulos?, pensó Zaqueo. ¿Y un zelote? No puede ser verdad. Se matarían entre sí.

Los zelotes eran revolucionarios que odiaban la ocupación romana, y todo lo relacionado con Roma. Por lo tanto, aborrecían a los publicanos casi con la misma vehemencia que los fariseos.

Esto definitivamente le llamaba la atención. Si era rabino, no podía ser de la secta de los fariseos. Los fariseos quizás aceptarían a un zelote entre sus seguidores, pero jamás, jamás, jamás aceptarían a un publicano como discípulo. Ahora

que hacía memoria, le parecía recordar que eran precisamente los fariseos y escribas que intentaron capturar al Galileo cuando volcó las mesas en el templo.

—Y por lo tanto —continuó Eliad—, Abidán, el médico en Capernaum, me dijo que los enfermos han disminuido significativamente. Por los menos, aquellos con enfermedades de muerte, o difíciles de curar, o incurables en algunos casos. Aparentemente, Jesús le deja a él los casos más leves, para no dejarlo sin trabajo.

—Pero simplemente no lo puedo creer —dijo Zaqueo dándole un sorbo largo a su copa—. Seguramente el rabino Nazareno es un charlatán, ¿no? Todos dicen que hace milagros, pero cuando fue a Jerusalén, hace ¿qué, unos dos años?, lo único que hizo fue volcar las mesas del templo.

—Si mal no recuerdo, hizo algunas cosas más.

Zaqueo se quedó pensativo:

—Quizás...

En ese momento el siervo del médico entró en

el cuarto y dijo:

—Mi señor, acaba de llegar el criado de mi señor Zaqueo.

Estremecido, Zaqueo se puso inmediatamente de pie. Había dejado instrucciones específicas para Lotán, su criado, de no dejar solo a su hijo Ezer.

—¿Lotán? —le preguntó Zaqueo cuando entró—. ¿Todo está bien?

Pero al ver el semblante de su siervo, inmediatamente supo que todo no estaba bien. Tenía ojos asustados.

—Mi señor Zaqueo, vine apresuradamente, pues su hijo está ardiendo en fiebre.

—¿Lo dejaste solo? —le dijo, levantando un poco la voz.

—No, señor mío. La esposa del mesonero se quedó cuidándolo, aplicándole paños de agua fría en la cabeza. Pero el niño ha convulsionado. Necesita ayuda.

Eliad estaba ya de pie.

—Vamos inmediatamente —dijo el médico—, no perdamos el tiempo.

Salieron apresuradamente, y se dirigieron al mesón que no estaba lejos de allí. Zaqueo había adquirido la habitación de lujo, la única. Tampoco era muy elegante, simplemente más amplia, con dos camas grandes y un pequeño escritorio frente a las ventanas.

Llegaron al lugar y se dirigieron al cuarto donde estaba el niño, en el piso de abajo, de los tres que tenía la posada.

Al entrar y ver el estado en que se encontraba, Zaqueo sintió que su corazón se cayó a su estómago. Corrió a estar junto a su hijo.

—Padre —le dijo a penas, con una voz débil y carrasposa—, tengo frío.

Mi niño hermoso, pensó Zaqueo. Es cierto que todos los padres veían a sus hijos como los más bellos en el mundo. Pero en el caso de su hijo Ezer, estaba convencido que su hermosura sobrepasaba la de cualquier otro niño en Jericó,

por no decir toda Judea. Tenía ojos de un azul penetrante, igual como su madre... antes de aquel horrible día cuando sucumbió a la fiebre.

Aquel día, hace ocho años, que Zaqueo procuraba olvidar, aunque sin éxito. Pues cada vez que veía a su hijo a los ojos, le recordaba a su mujer.

La gente siempre los había mirado extraño. Zaqueo era un hombre de baja estatura, casi como un niño adolescente, mientras que Aholí había sido alta y delgada, una mujer fuerte. Aunque algunos judíos secretamente la despreciaban por tener padre griego y madre judía, nadie podía ignorar su hermosura.

El médico palpó la frente de Ezer, y después metió su mano en la axila del joven.

—Fiebre muy alta —sentenció Eliad—. He visto estos síntomas últimamente. Tenemos que actuar pronto.

—¿Qué hacemos, qué hacemos? —preguntó Zaqueo.

—Mujer —le dijo a la esposa del posadero—, prepáreme por favor el baño.

La mujer salió para acatar la orden.

—Deberíamos hablarle al rabino de aquí, de Genesaret —continuó el médico—, en caso de que sea un problema de demonio. El rabino podría...

—Eliad se detuvo. Probablemente recordó que no sería cosa fácil convencer al rabino de la aldea que viniera a ayudar al hijo de un publicano. Miró a Zaqueo de reojo, y agregó—: Mientras preparan el baño, tendré que aplicarle una sangría.

—Lo que usted diga, *rofé*³ —dijo Zaqueo—. Haga lo que tenga que hacer.

Sabía perfectamente bien que la sangría podía tener dos efectos en su hijo. Podría ayudarlo a mejorar, o empeoraría rápida y significativamente. Después de todo, la sangría era abrirle una vena y dejar que se desangrara. Y aunque no era un experto en la ley, recordaba bien lo que decía la Torah: la vida en la sangre está.

3. Palabra hebrea que significa “médico”.

Un escalofrío le recorrió la espalda al recordar cómo su esposa, después de la sangría, comenzó a perder su vida visiblemente, frente a sus ojos.

Vio a su esposa morir lentamente.

Mi hijo no, Adonai, oró.

—Es mi único hijo —dijo Zaqueo—. Haga lo que tenga que hacer para salvarlo.

El médico abrió su bolsón, y sacó un afilado cuchillo.

5

Isaac no tenía pensado llegar tarde a su primer día de trabajo como pescador.

Se levantó temprano, con tiempo, se lavó la cara y se despidió de su madre.

—Toma —le dijo ella poniendo en su mano

un pequeño pergamino, rectangular, que cabía fácilmente en la palma de su mano—. Sin este permiso no te dejarán ayudarles.

—Gracias, madre.

—También toma esto, tu almuerzo.

Le entregó algo envuelto en un pequeño bolsón de tela. Abrió la bolsa. Eran tres panes, medio duros.

—Madre, esto es mucho. Con uno es suficiente. No tenemos comida como para desperdiciar. Además, seguramente me dejarán tomar algún pececillo para comer.

—¡No son los tres para ti, comilón! —le contestó con una sonrisa—. Le das uno a Pedro y a su hermano, en agradecimiento. ¿Pedro, me dijiste que se llama?

—Pedro, sí.

—Pues se lo das a Pedro, y le dices que está invitado esta noche a cenar con nosotros. ¡Y no pongas esa cara! Tendremos comida para darles.

—Lo que tú digas, mamá.

—Yo me encargaré de disculparte con don Silem.

—Espero no piense que soy un irresponsable.

—Entenderá. Lo haré entender. De todas maneras tiene suficiente ayuda en la panadería.

Cuando Isaac llegó al lugar acordado en la orilla del lago, se extrañó de no ver la barquilla. Por un momento, aterrado, pensó que lo habían dejado. Pero un poco de neblina dificultaba ver, y cuando esta se disipó, logró ver a los pescadores allá más adelante. Corrió a ellos, contento.

—Mira nada más —dijo Andrés—. Sí vino.

—A su servicio, mis señores —dijo Isaac.

—Bienvenido, Isaac —le dijo Pedro estrechándole la mano—. Pensamos que no vendrías.

—¿Pensamos? —dijo Andrés—. Pensaste. Yo sabía que vendría —agregó con cariño despeinándole el cabello.

—Acércate, y te presento al resto del grupo —le dijo Pedro.

Notó Isaac que, a diferencia del día anterior, ahora eran seis.

—Hermanos —dijo Pedro al resto de los pescadores—, les presento a Isaac, que estará pescando hoy con nosotros.

Todos lo saludaron con un shalom.

—A mi hermano Andrés ya lo conoces —dijo Pedro—. Estos dos —dijo apuntando—, son Juan y Jacobo. Les decimos los *boanerjes*,⁴ ya después sabrás por qué.

—No le hagas caso —dijo el que se llamaba Jacobo.

—Somos unos angelitos —agregó Juan, el cual parecía bastante joven, aunque no tanto como él.

—Este de acá es Natanael.

—Shalom —dijo él.

—Y este otro no estaba con nosotros ayer, pues se había retirado a orar. Es nuestro maestro.

Isaac, sorprendido, lo reconoció. Y entonces

4. Palabra hebrea que en español significa “hijos del trueno”.

supo la razón por la que Pedro y Juan se le hicieron familiares. Ya los había visto antes, hace tiempo, cerca de Capernaum.

Los había visto con su maestro.

Pedro dijo:

—Su nombre es Jesús. De Nazaret.

6

A la mitad del día, Zaqueo hacía lo posible por no derramar lágrimas enfrente del médico.

Frente a ambos, en la cama, su hijo dormía. Estaba pálido, tan blanco que casi parecía haber ya perdido la vida. Sin embargo, su pecho

ascendía y descendía levemente, demostrando que aún respiraba. Seguía con una fiebre alta.

A Eliad le trajeron un cuenco donde se lavaba las manos ensangrentadas. La sábana, también, donde reposaba Ezer, tenía algunas manchas rojas.

—La sangría debe ayudarle a bajar la fiebre — dijo el médico.

—Eso espero —carraspeó Zaqueo.

—Revisen bien la venda que puse sobre su vena, hay que asegurarse de que no se ponga fea la herida. Eso puede ser peligroso. Pero no debería suceder.

—Muy bien.

—No dejen de poner los paños fríos sobre su cabeza, para controlar la fiebre. Si es necesario un baño, lo hacen.

—Me gustaría regresar a Jericó. Estar en nuestra propia casa. Tengo un buen amigo médico que podrá cuidarlo.

—Sería peligroso andar por el camino con una fiebre tan alta. Podría no llegar. Está hirviendo.

—Iremos a caballo. Puedo comprar un pequeño carruaje abierto y llevarlo atrás, en la paja.

El médico se quedó pensando.

—Estarías arriesgándote. Pero puedes intentarlo cuando le baje la fiebre. Prepara todo y, en cuanto le baje un poco la temperatura corporal, salen rápido hacia Jericó.

—¿Y si no le baja la temperatura?

—Regresaré hoy por la noche para revisarlo.

—Eliad ben Eliud titubeó un poco. Luego agregó—: Zaqueo, deberías ir a la sinagoga y pedir que el rabino venga a hacer una oración.

Zaqueo hizo una mueca, como de dolor.

—No es que no quiera. Pero tú sabes que los fariseos y personas como nosotros..., no..., eh...

—Lo sé. Pero debes intentarlo de todas maneras. Hay cosas que yo puedo hacer, pero si esto es algo espiritual, no hay medicina ni tratamiento que vaya a salvar a tu hijo. Si fuera mi propio hijo, haría cualquier cosa.

—¿Pero qué podría hacer el rabino?

El médico se rascó el mentón:

—A veces los espíritus atormentan a las personas. El rabino puede hacer una oración de protección.

—Mi hijo no está endemoniado.

—¡Endemoniado no! Pero tú sabes cómo son los espíritus malignos. No tienen que entrar en una persona para atormentarla.

Zaqueo se quedó pensando, indeciso. No estaba seguro que lo que decía el médico fuera verdad. Sí, esa era una creencia popular, pero no recordaba que la Torá lo enseñara.

El médico puso su mano sobre el hombro del pequeño publicano:

—Lo dejaré a tu discreción. Me retiro ahora. Regreso más tarde.

Pasó Zaqueo un par de horas atribuladas. Estaba sentado en una silla junto a la cama de su hijo. ¿De qué le servía todo el dinero del mundo si no podía salvar a su único hijo? ¿De qué servía

poder pagar el médico y las medicinas, si no podrían bajarle la fiebre?

Finalmente se puso de pie.

Iré a la sinagoga, pensó. Lo intentaré.

Salió del mesón y caminó hacia la sinagoga de la aldea. Genesaret, al ser una aldea mediana, tenía dos sinagogas. Una en el centro, y una hacia el oeste, a la que asistían aquellos que vivían en las afueras de la ciudad.

La sinagoga central era grande. No enorme, como aquellas en las ciudades más grandes, pero era un edificio hermoso, de color blanco, con varias columnas en el pórtico. Normalmente el rabino vivía ya sea dentro del terreno de la sinagoga, o cerca.

Gente entraba y salía de ella, ya sea para orar o para estudiar la ley. Zaqueo se acercó y se dirigió a la primera persona que vio salir.

—Amigo —le dijo—. Busco al rabino.

Era un hombre de estatura mediana, barba negra y ojos café oscuro que lo miraron con

sospecha.

—¿Es usted extranjero? —le preguntó.

—Así es.

—De la Ciudad, por el acento.

—Cerca. De Jericó.

—¿Y esas ropas? ¿Eres rico, o publicano?

A Zaqueo le sorprendió la insolencia del hombre. Este, sin embargo, al no escuchar respuesta, dio un paso hacia él, un poco agresivo. Lo apuntó con el dedo hacia el pecho y le dijo:

—Si eres publicano, será mejor que ni se te ocurra entrar a la sinagoga.

Con eso, el hombre se retiró.

Zaqueo sacudió la cabeza, y sin importarle la advertencia que acababa de escuchar, entró al santuario. El techo era alto, con tres columnas del lado izquierdo y tres del derecho, con arcos entre cada columna. El bemá, o la mesa, estaba en el centro, y el arca de la ley en el fondo, adjunta a la pared. Varias personas oraban en las esquinas, y algunos sentados leían alguna porción pequeña de

la Torá, la cual la sinagoga proveía para los visitantes regulares.

En la silla junto al arca de la ley, estaba sentado un hombre de avanzada edad, medio dormido. Esa era la llamada silla de Moisés, y nadie excepto el rabino se sentaría allí.

Al caminar hacia el maestro pudo notar las miradas de soslayo que le lanzaban algunos de los adoradores. En especial notaban sus ropas elegantes, las cuales no concordaban con la manera en que vestía el resto de la gente. No es que Genesaret no tuviera gente adinerada. Sin embargo, probablemente los congregantes conocían a todos los ricos de la aldea, y la cara de Zaqueo no les era familiar.

Al llegar hasta la silla, dudó. No quería tener que despertarlo. Por sus vestimentas, reconoció que era fariseo, lo cual no le sorprendía. Los fariseos, después de todo, controlaban la mayoría de las sinagogas, mientras que los saduceos controlaban el templo.

Por fortuna, el rabino, de barba blanca y un poco descuidada, despertó por sí mismo, quizás al haber sentido a la presencia de Zaqueo.

—Dime, hijo mío —aventuró el rabino, casi en automático y medio adormilado.

—No quería despertarlo, maestro —le respondió Zaqueo—. Pero he venido para hacerle una petición, con todo respeto.

El rabino entrecerró los ojos, mirándolo con atención. Intentando reconocerlo, sin éxito.

—¿Un visitante del sur? —preguntó.

—Así es.

Mi acento me delata, pensó Zaqueo. No puedo hablar con nadie sin que sepan que no soy de aquí. En otras circunstancias, no me importaría. Pero en este momento preferiría que me consideraran local.

—Necesito ayuda, maestro —dijo Zaqueo.

—¿Ayuda...?

—Sí. Es mi hijo. Está enfermo. Ruego que alguien, usted mismo de ser posible, vaya a orar

por él.

El rabino, ya más despierto y acomodándose en la silla, dijo:

—Muchas dolencias hay últimamente. Los espíritus inmundos andan buscando cuerpos dónde morar, y a veces, al no lograrlo, afligen al desdichado.

—¿Usted podría..., podría hacer una oración por él?

Los ojos del fariseo recorrían con atención sus vestiduras.

—¿De qué ciudad nos visitas, hijo?

—De Jericó, padre mío.

—¿Cuál es el nombre de tu rabino? ¿A qué sinagoga perteneces?

Zaqueo vaciló. Tenía años de no visitar ninguna de las sinagogas de su ciudad. Además de no haber visitado ninguna, no estaba seguro si Abiram —el que lo había expulsado, por cierto—, seguía siendo el rabino de la sinagoga.

—Abiram ben Semuel —dijo Zaqueo.

El fariseo se quedó pensando:

—¿Abiram ben Semuel, de Jericó?

—Así es —trastabilló.

—Abiram ben Semuel murió hace cinco años.

Un momento de silencio. Sintió Zaqueo que su corazón comenzó a palpar con una frecuencia más alta. Unas gotas de sudor frío brotaron justo encima de su labio superior.

—Bueno, me refiero a que él fue mi rabino cuando, cuando yo era, es decir...

—¿A qué te dedicas, hombre de Jericó? —La voz fría. Llena de sospecha. Lo dijo en voz alta, de manera que las personas cercanas voltearon a verlos, y un par de ellos se acercaron apenas un poco, para escuchar mejor. Tenían un semblante serio.

—Soy mercader, padre mío.

—Un mercader eres, sí.

Zaqueo se relajó un poco.

—Un mercader de nuestro pueblo —dijo el fariseo, levantando la voz.

Oh, no, pensó.

—¿Un publicano, cierto? Lo reconozco. Puedo olfatear a un publicano a una milla de distancia.

—Nada de eso, maestro. Soy simplemente un mercader en necesidad.

Las personas alrededor se acercaban. El rabino, tambaleante, se puso de pie y, con ojos de rabia, levantó un dedo huesudo y chueco que agitó en dirección de su pecho.

—¿Te atreves a mentir en la casa de HaShem? ¿Te atreves a entrar en una casa de oración, después de haber sido expulsado de todas las sinagogas de Israel? ¿Te atreves a pedir ayuda de nosotros, a quienes exprimes con tus muchas extorsiones, *hijo de perdición?*

Zaqueo se vio rodeado.

Mala idea. Muy mala idea.

Sintió dos manos fuertes que lo tomaron por los hombros, y pensó en su hijo, solo, enfermo y necesitado.

7

—Maestro —dijo Pedro—, me parece prudente que zarpemos pronto.

—Está bien, Pedro —respondió Jesús.

—Si se enteran en la aldea que usted está aquí, tendremos una multitud antes de mediodía. Y no

podremos salir hasta el anochecer.

—Son ovejas que necesitan pastor —dijo Jesús poniendo la mano sobre el hombro del pescador.

—Lo sé, maestro. Pero nos esperan en Capernaum. Y todavía no hemos pescado nada.

—Salgamos, entonces —dijo Jesús—. Pero regresaremos en otra ocasión. Porque también aquí tengo ovejas.

Isaac no estaba seguro de qué debía hacer. Esperaba que alguien le diera una instrucción. En ese momento, de pie junto a la orilla del mar, escuchaba las conversaciones a su alrededor, y no podía dejar de mirar al rabino, al maestro de los pescadores, a Jesús de Nazaret.

Por supuesto que había oído antes sobre él. ¿Quién no? Era el hombre más polémico de todo Israel. En Galilea, en general, la gente lo amaba. Después de todo, hacía milagros. Se decía que en Capernaum ya no había enfermos.

Aunque al principio, hace un par de años, solo

un puñado de personas lo seguía, cada vez las multitudes se hacían más grandes, incluso a pesar de que la gran mayoría de los rabinos en las sinagogas advertían a los congregantes en contra de seguir las “enseñanzas radicales” de Jesús. Las admoniciones de los fariseos funcionaron por un tiempo, pero últimamente más personas opinaban a favor del joven rabino.

Algunos lo llamaban “el maestro de milagros”. otros, “el rabino de rabinos”. Pero había muchos, cada vez más, que le asignaban títulos de otra categoría. Decían que era el hijo de David, el profeta prometido, el mesías. Una vez escuchó a una mujer llamarlo “el hijo de Dios”.

Al sur, sin embargo, en Judea, la cuestión era diferente. Por lo menos esos eran los rumores. Que el sanedrín —es decir, los ancianos religiosos líderes de Israel— buscaba capturarlo para hacerle algunas preguntas. ¿Querrían deshacerse de él? ¿Matarlo? Isaac pensaba que no. No se atreverían. No con tantos seguidores. No con los milagros

que hacía.

A decir verdad, Isaac solo había escuchado a Jesús predicar en dos ocasiones. Esto porque Jesús era un predicador itinerante. Isaac no podía viajar siempre a los lugares en donde estaba. Solamente lo oyó ese par de veces, cuando enseñaba cerca de Genesaret. Y no pudo escucharlo por mucho tiempo debido a sus responsabilidades en la panadería.

Pero recordaba sentirse estremecido y conmovido por las palabras de Jesús, por sus historias, por la manera en que la gente gritaba y lloraba cuando era sanada de alguna dolencia.

—Me dicen que tu nombre es Isaac —le dijo Jesús.

Isaac se sacudió. Había estado como soñando despierto. Y repentinamente tenía al rabino frente a él, extendiéndole la mano con una sonrisa.

Nunca un adulto le había extendido la mano así. Eso no hacían los adultos con los niños. Isaac la estrechó.

—Así es, señor —respondió Isaac.

—¿Primer día como pescador?

—Sí.

—Bienvenido, pues. Somos una pequeña banda de pescadores. Aunque ser pescadores no es nuestro trabajo principal. Te darás cuenta que no somos pescadores tradicionales.

—Para nada —dijo Natanael, que se subía a la barca—. Eso sería demasiado fácil.

Jesucristo entró a la barca también y dijo:

—Vamos, Isaac, entra. —Le ayudó a hacerlo—. No hemos sido llamados a hacer cosas fáciles. La tarea que nos ha encomendado Dios es otra.

Isaac quería preguntar a qué se refería, pero todavía se sentía apenado, intimidado. Prefería reservar sus preguntas, o hacerlas en otra ocasión. O quizás hacérselas a Andrés, que desde el principio había sido amigable con él.

Entraron al mar, que ese día no estaba del todo quieto, debido al viento. Remaron, e Isaac ayudó.

Sus brazos comenzaron a arderle. Apretó los dientes, y siguió remando.

Jacobo entonó una canción de marineros, cuya tonada era rítmica y marcaba el tiempo para que todos remaran al mismo tiempo. Decía:

*Marinero al mar
Debes llegar
El mar te llama
Y no se detendrá.
Remamos, remamos,
Sin descansar
Pues llega el ocaso,
Que nos pide regresar.*

Se detuvieron donde Pedro indicó.

—Toma de aquí la red —le dijo Andrés a Isaac, quien obedeció—. Cuando Pedro diga, la sueltas.

Con un grito diafragmático, el hermano mayor de Andrés dio la señal, y lanzaron la red todos al

mismo tiempo. Hicieron lo mismo con otras dos redes.

Con la barquilla meciéndose constantemente, pensó Isaac que quizás vomitaría. Sentía su estómago raro. Se apretó la panza con los brazos, y tragó saliva.

No puedo vomitar mi primer día. Me van a regresar a casa, pensó.

Por fortuna, poco tiempo después sacaron la red. Eso le dio trabajo que hacer. No estaba llena de peces, pero suficientes. Andrés le encargó que sacara los pescados y los pusiera en una cesta. Aunque no era un experto, pudo reconocer que la mayoría eran sardinas, que eran peces pequeños, y unas cuantas tilapias, peces más grandes.

Todos trabajaban, incluso Jesús. Lanzando la red, sacándola cuando tenía peces, poniéndolos en algunas cestas, repitiendo el proceso. Eventualmente se llenaría la barquilla y tendrían que dirigirse a la orilla.

—¿Hacen esto muy a menudo? —le pregunto

Isaac a Andrés, en vos más bien baja.

—No, ya no tanto como antes. Simón Pedro y yo hemos sido pescadores desde hace mucho tiempo. Santiago y Juan también. Natanael tiene bastante experiencia.

—¿Y Jesús?

—Jesús se dedicaba a la carpintería, pero ya no. Es excelente pescador, por cierto. Aprendió rápido.

—¿Y qué hacen con los peces? ¿Los venden?

—Antes lo hacíamos nosotros, pero ya no más. Los vende el padre de Santiago y Juan. Él tiene un negocio. Nosotros solamente ayudamos a pescarlos, y no siempre. Solo cuando hay alguna necesidad. Después de todo, necesitamos dinero para financiar los viajes.

—¿Los viajes?

—Los viajes que hace Jesucristo predicando. Varias personas nos apoyan económicamente, varias mujeres, pero el dinero se va acabando. Cuando se necesita, nos venimos al mar,

pescamos un poco, nos ganamos algunos denarios, y salimos a predicar.

—¿Ustedes también?

—Nosotros también, sí. La mayoría de las veces es Jesús el que enseña, pero de vez en cuando nosotros. A veces, cuando vamos a alguna aldea, Jesús nos manda primero para preparar el camino.

—¿Y qué es lo que predicán?

—El mensaje del reino, por supuesto.

Isaac asintió con la cabeza, sin admitir que no estaba seguro a lo que se refería. Es decir, recordaba que cuando escuchó a Jesús, varias veces mencionó “el reino de los cielos”. Contó varias historias fascinantes. Pero si alguien le preguntaban si entendía lo que era ese reino, respondería encogiéndose de hombros.

Sin avisar, el viento arreció. Unas nubes grises comenzaron a acercarse a ellos desde el sur. Isaac conocía bien lo impredecible que era el clima en el mar de Galilea. Las tormentas se formaban,

algunas veces, con tanta rapidez, que tomaba a los pescadores por sorpresa, incluso a los más veteranos.

Estaban todos tan ocupados trabajando que parecía no se percataban de la rapidez con la que las nubes se acercaban.

—Pedro —dijo Jesús apuntando con el mentón—. No me gusta cómo se ven aquellas nubes.

Pedro asintió:

—Tormenta. Parecen de tormenta.

—Sí —afirmó Jesús—. Mejor ponernos en marcha.

Rápidamente tomaron los remos. Pero la barquilla estaba más pesada. Y el mar, progresiva pero rápidamente, se tornaba violento.

Cuando las nubes ocultaron el sol y todo se volvió gris oscuro, Isaac comenzó a ponerse nervioso.

—Esto no me gusta —dijo Andrés mirando en dirección a la tormenta que se avecinaba.

Como para puntualizar sus palabras, un trueno resonó cercano. La luz iluminó el semblante del pescador, e Isaac pudo discernir temor en sus ojos.

—¡No llegaremos a Capernaum a tiempo! —
dijo Jesucristo—. ¡Regresemos a Genesaret!

8

—Métanlo en la cárcel —dijo el rabino—, y que se quede allí hasta la junta de los ancianos.

Zaqueo escuchó esas palabras como si estuviera en un sueño. ¿Acababan de enviarlo a la cárcel?

Aunque era un hombre de estatura baja, estaba acostumbrado a dar órdenes, a mirar a las personas a los ojos sin miedo. Reunió valor y con firmeza dijo:

—¡Deténganse inmediatamente! Mi nombre es Zaqueo, hijo de Zuar, publicano en Jericó bajo el permiso expreso del Imperio. Si me meten a la cárcel sin juicio alguno, me aseguraré de que hoy por la tarde tengan una cuadrilla de soldados romanos a la puerta de la sinagoga, exigiendo que el rabino los acompañe.

Eso hizo que se quedaran como estatuas. Todos allí miraron al rabino, cuyo semblante vacilaba, mirando a Zaqueo fijamente, intentando discernir si lo que decía era verdad.

—¿De Jericó, dijiste? —siseó el rabino.

—Así es.

—Entonces no tienes jurisdicción aquí.

Zaqueo sintió que los dedos que lo tenían agarrado lo apretaron con un poco más de fuerza.

—No creo que a Roma le guste que uno de sus

empleados esté en una cárcel judía, sin haber sido juzgado.

—Una detención temporal, solamente, mientras convocamos a los ancianos.

—Podrán llamarla como ustedes quieran, pero para mí es meterme a una prisión. Eso es lo que testificaré ante el juez romano. Tengo amigos entre los magistrados. Incluso de este pueblo.

Se hizo un silencio. Finalmente el rabino cedió:

—Suéltelo —dijo de mala gana.

Inmediatamente obedecieron. Luego, a Zaqueo—: No quiero volver a verte en mi sinagoga. Si yo fuera tú, me largaba de esta ciudad. Porque si me encuentro contigo en la calle, te meteré a la cárcel, y encontraré diez testigos contra ti.

Zaqueo, visiblemente molesto, se acomodó la túnica, después el turbante.

—Además de los diez testigos —le dijo al rabino, desafiante—, asegúrese de contratar un buen abogado. Porque le prometo que gastaré

hasta la mitad de mi fortuna para hundirlo a usted y a esta sinagoga, si tan solo vuelven a tocar el borde de mi túnica.

Con eso, se dio la media vuelta y salió de allí.

La barquilla se mecía violentamente de un lado a otro. Estaba todo oscuro. No podían ver bien. Isaac no tenía ni la más remota idea de cómo sabían ellos si se dirigían en la dirección correcta.

Quizás, en lugar de acercarse a la orilla, se adentraban más en el mar. Si eso sucedía, estaban perdidos. No había manera de salir de esta tormenta con vida. Por lo menos, eso pensaba Isaac.

A sus quince años había ya pasado miedo varias veces. Hace un par de años, caminando hacia una aldea cercana, fueron asaltados. Los salteadores eran dos jóvenes, no mucho más grandes que él, pero con los ojos rojos de rabia y

un par de navajas en las manos que no parecían tener miedo de usar. Isaac sintió entonces temor, no tanto por él, sino por su madre. Pero ella, prudente, les dio la bolsa que llevaban, con apenas unos pocos cuadrantes que les dolió perder. Pero *la vida vale más que el dinero*, había dicho a su madre.

Ahora, en medio del rugir de la tempestad, completamente empapado, y con cero experiencia como navegante, Isaac sintió miedo. Pero un miedo diferente. Lo sentía en sus huesos. Un pensamiento revoloteaba en su cabeza: ¿qué estoy haciendo aquí?

Pedro dio la orden de lanzar por la borda los peces de las cestas, para aligerar la carga. Isaac, con una cesta vacía, sacaba el agua que entraba, pero era en vano. Por cada cubetazo que sacaba, una ola inundaba de nuevo el suelo.

Un relámpago iluminó todo a su alrededor. Isaac vio bien, por un instante. Las olas plateadas que se levantaban como garras en torno a ellos; la

lluvia que caía como dardos luminosos; los pescadores, quienes apenas conocía, aferrados a lo que podían con una mano o las dos, para evitar salir por la borda.

Y luego vio a Jesús. Estaba en proa. De pie. Sus cabellos agitándose violentamente, al igual que su ropa. Miraba hacia adelante, hacia la tormenta, y por un momento Isaac imaginó que así debió verse Moisés cuando, al levantar su vara, el mar rojo se partió en dos.

Jesús miró por encima de su hombro, y su voz rugió poderosa:

—¡Cobren ánimo! ¡Veo la orilla! ¡No desmayen!

Juan gritó:

—¡Maestro, la barquilla se partirá en dos!

—No, Juan. Llegaremos a la orilla. No ha llegado mi hora.

Meses después Isaac habría de recordar esa frase. Pero en ese momento, simplemente la dejó pasar, era una de esos dichos que suponía de vez

en cuando decía Jesús y nadie entendía, pero tampoco tenían el valor para preguntarle.

Entonces:

—¡Tierra a babor! —gritó Andrés apuntando—. ¡Tierra a babor!

—¡Remen, muchachos! —ordenó Pedro—. ¡Remen!

Se acercaron a la orilla, dificultosamente, lentamente, pero llegaron. Casi como si fuera la coreografía de un teatro griego, dejó de llover con fuerza. Amarraron la barca, y corrieron hacia el pueblo. Llegaron a la primer casa que encontraron, que tenía un cobertizo afuera, y se resguardaron allí de la llovizna. Se abrazaron entre todos, felices de estar vivos.

Todos abrazaron a Isaac también. Como si lo conocieran de toda la vida. Abrazos fuertes y cariñosos.

Andrés lo tomó por los hombros:

—Vaya primer día, ¿eh, Isaac?

—Quizás les he traído mala suerte —sacudió

la cabeza Isaac.

—Ni siquiera pienses en eso —se rio Andrés—. No creemos en la suerte.

—¿No?

—¡Nah!

—¿Entonces...?

—Creemos en él —le dijo, apuntando a Jesús con la cabeza.

Había una banca y un par de banquillos. Se sentaron, apretados.

—Perdimos los peces —dijo Pedro.

—Pero conservamos nuestra vida —afirmó Natanael.

—Tendremos que hacernos a la mar de nuevo en cuanto podamos —dijo Pedro—. Necesitamos el dinero.

—*Yehová jiré*⁵ —dijo Jesús.

Todos dirigieron a él la mirada.

—No se preocupen por esto, amigos míos —dijo Jesús—. Dios está en control. Así como cuidó

5. Frase hebrea que significa: Jehová proveerá.

Dios de David y sus valientes, cuidará de nosotros. Amén amén les digo, que aquí hay uno mayor que David, y aquí hay más valientes que Joseb, Eleazar y Sama.⁶

—Pero, maestro —dijo Juan—. Este tipo de situaciones parecen aleatorias. ¿Por qué querría Dios meternos en una tormenta y regresarnos aquí?

Jesús le respondió:

—Porque Dios siempre tiene un plan.

6. La referencia a los valientes de David viene de 2 Samuel 23:8.

9

Cuando Zaqueo salió de la sinagoga había una tormenta allí afuera. La lluvia caía a torrentes. Sintió un escalofrío que le recorrió la espalda, pero no por el frío de la brisa, sino por lo que acababa de suceder.

Echó un vistazo hacia adentro, hacia la sinagoga, y vio que algunos de los congregantes se dirigían hacia la puerta en donde él se encontraba.

No sabía si se habían arrepentido de dejarlo ir, y no tenía pensado averiguarlo. Se alejó de allí, usando su túnica como resguardo de la lluvia.

¿Qué voy a hacer?, pensó. *No tengo otra opción mas que pedir la bondad de Dios.*

Pero ¿cómo iba a Dios a responderle, cuando acababa de amenazar un fariseo, y nada menos que dentro de una mismísima sinagoga? Ya podía imaginarse a Dios en el cielo, de brazos cruzados, visiblemente molesto con él.

Sonó un trueno, y pensó que no le sorprendería si, como castigo, Dios decidía fulminarlo allí mismo.

Tenía que regresar a ver a su hijo. Asegurarse de que estaba bien. Si era necesario arriesgarse para regresar a Jericó, lo haría. Mejor que estar en esta aldea.

La lluvia arreciaba.

Recordó entonces la conversación que había tenido con Eliad ben Eliud. El médico mencionó que Capernaum no tenía enfermos debido al Galileo. Si recordaba bien, Eliad dijo que hacía milagros. Capernaum estaba más cerca que Jericó. Acaso debía viajar allí y buscar a ese rabino.

Pero si era un rabino, no querría verlo. Los rabinos odiaban a los recaudadores de impuestos. Aunque ¿no había dicho el médico que uno de los discípulos del rabino era publicano?

Lo que necesitaba en ese momento era un milagro de Dios. Un poco de gracia. Un poco de misericordia.

—Dios no tendrá misericordia de mí —dijo en voz alta, aunque su voz fue ahogada por la tormenta. Zaqueo sabía la razón: él mismo nunca había tenido misericordia de nadie. ¿Por qué habría Dios de apiadarse de él?

En medio de la tormenta, aparentemente tomó una desviación equivocada, porque ahora se

encontraba justo a las afueras de la aldea, no lejos de la orilla del mar. Se dispuso a regresar, pero sintió una profunda necesidad de llorar.

Caminó en dirección al mar, pero se detuvo bajo un gran árbol, cerca de una casa.

Se puso de rodillas, y lloró. Sus lágrimas se perdieron con la lluvia que le pegaba fuerte en la cara, como pequeñas agujas. Levantó los brazos al cielo, e intentó orar. Pero nada salió de sus labios, excepto espasmos incontrolables y gemidos.

Se quedó allí, arrodillado. Puso su frente en el suelo, en el lodo, y se quedó allí, implorando a Dios en silencio, con gemidos.

La tormenta finalmente cesó, pero él permaneció de rodillas.

Finalmente encontró palabras:

—Dios: no te pido misericordia por mí. Te pido misericordia por mi hijo. Solo eso te pido. Respóndeme, oh, Adonai, Dios de mis padres...

Se sobresaltó al escuchar una voz:

—Amigo: ¿estás bien?

Probablemente era el dueño de la casa, que al verlo, había salido para cerciorarse de que no estaba herido. Levantó la vista, se quitó las lágrimas con la manga mojada de su túnica, y vio a un hombre, joven, que lo miraba con ojos consternados.

—Estoy bien, señor. Disculpe por estar en su propiedad.

El hombre negó con la cabeza:

—Este lugar no es nuestro. Somos pescadores. Nos sorprendió la tormenta, pero logramos regresar a la orilla. Nos refugiamos allí —dijo apuntando a un cobertizo cercano, donde cuatro o cinco personas podían verse, sentadas en unos banquillos—. Vamos a encender un fuego y asar unos peces. Los perdimos casi todos en la tormenta, pero Jacobo metió algunos en su bolsón —dijo casi riéndose—. Es un hombre prevenido.

—Gracias, amigo. Pero debo regresar a casa. A mi hijo.

—¿Está enfermo?

Zaqueo se sorprendió.

—Sí... ¿cómo...?

El hombre sonrió. Una sonrisa de ternura, de amor, como la de un padre a su hijo. Le dijo:

—Pude escuchar tu oración.

Pensó Zaqueo que había orado en su mente. Pero ahora que lo pensaba, no estaba seguro. Quizás lo hizo en voz alta. Eso lo hizo sentirse un poco avergonzado. No era una persona acostumbrada a que lo vieran así, manifestando sus sentimientos. Al ser un publicano, necesariamente tenía que ser una persona dura. Era el tipo de trabajo para personas sin muchos sentimientos.

Se quedó mudo, sin saber qué decir. Comenzó a ponerse de pie, y el hombre le ayudó a hacerlo.

—Será mejor que regrese —dijo Zaqueo.

—¿Cuál es tu nombre?

—Soy Zaqueo. Hijo de Zuar.

—Zaqueo —le dijo el hombre—. ¿Crees en Dios?

Los ojos de ese hombre eran penetrantes. Parecían partirle el alma misma. ¿Quién era?

—Sí, creo.

—¿Crees que puede sanar a tu hijo?

—Lo creo.

—¿Por qué? ¿Lo mereces?

—Oh, no, señor. No lo merezco. Solo imploro a la misericordia de Dios.

El hombre puso sus dos manos sobre sus hombros. Apretó levemente. Zaqueo sintió muy diferente a como lo habían tomado por los hombros en la sinagoga. En esta ocasión, era con ternura. *¿Quién era este hombre?*

—Dios ha visto tu fe. Ve a tu casa. Tu hijo ha sanado.

Dicho eso, el hombre se dio la media vuelta y caminó de regresó al cobertizo.

Zaqueo estaba aturdido. Lo que el hombre le había dicho era imposible; de hecho, ridículo. Pensaría que era un lunático, si no fuera por la manera en que pronunció esas palabras. Con

absoluta tranquilidad, con autoridad y decisión.

—¿Quién eres, señor? —le preguntó Zaqueo.

Se detuvo. Lo miró por encima del hombro, y dijo:

—Jesús. De Nazaret.

10

—¿Dónde estarán hoy? —le preguntó Elisa, su madre.

—Dijo Andrés que hoy iríamos a su pueblo natal: a Betsaida —respondió Isaac.

Era de madrugada. Una mañana fresca. Isaac

llevaba ya casi tres meses con Jesús y sus discípulos. En ese tiempo, aprendió a pescar; o por lo menos, a pescar mejor. Había entendido también que andar con Jesús de Nazaret significaba no solamente pescar peces, sino hombres.

En tan solo esos tres meses Isaac vio cosas impresionantes. Estaba seguro de una cosa: Jesús no era una persona normal. Tenía la capacidad de hacer milagros. Sí, verdaderos milagros, ahora estaba Isaac seguro. No le quedaba duda. Jesús era como aquellos profetas de antaño, como Elías o Eliseo. Predicaba, además, constantemente un tema en específico: el reino de Dios.

Isaac se lavó la cara en la jofaina, se arregló un poco el cabello, y se preparó para salir. Tenía que caminar hasta Capernaum, y de allí tomar una barquilla para llegar a Betsaida rápido.

No estaba seguro de lo que harían allí, pero el maestro, Jesús, había dicho que le era necesario enseñar allí.

Estaba por salir cuando su mamá lo detuvo. Le dio un bolsón de tela y le dijo:

—Compártelo con Pedro y Andrés.

—Muy bien —le respondió.

Cuando finalmente llegó a Betsaida, se dirigió a las afueras de la ciudad, cerca del mar, a una planicie con mucho césped y una ligera colina donde se estaba Jesús y sus discípulos.

Sabía que encontraría allí a Jesús porque no era la primera vez que enseñaba en ese lugar. Era propicio para ello. Pero algo era diferente en esta ocasión:

—Hay mucha gente —se dijo Isaac.

Era muchísima. De hecho, no recordaba un gentío de esta magnitud. En las últimas semanas mucha gente seguía a Jesús, cada vez más personas. Eso se convertía en una dificultad logística, porque cuando Jesús intentaba entrar a una aldea, algunas veces era demasiada la gente que caminaba por las calles, todos apretujados.

Esto tenía a los fariseos y escribas

preocupados. La explosión de la popularidad de Jesús no les gustaba para nada, y mucho menos en estas fechas, cerca de la Pascua.

Cuando Jesucristo llegaba a algún lugar, después de la enseñanza se formaban filas extensas de personas enfermas, y Jesucristo las sanaba una por una. Eso tomaba tiempo. Algunas veces terminaban el día pasada la medianoche, completamente exhaustos, en especial Jesús.

Por si eso no fuera poco, días atrás se enteraron de la ejecución del primo de Jesús, el famoso predicador llamado Juan el Bautista. La noticia le pegó a Jesús duro, así que tomó la decisión de llevarse a sus discípulos a un lugar apartado para orar, descansar, y comer, porque algunos días ni tiempo para comer tenían.

Serpenteando entre la multitud, Isaac llegó hasta la colina y, al subir, se encontró con Jesús y los discípulos. El sol salía, iluminándolo todo.

—Deben ser más de diez mil personas —decía Pedro, mirando a la multitud.

—Fácilmente —dijo Juan—. Intenté contar a los hombres, pero son demasiados. Calculo unos cinco mil, sin contar las mujeres y los niños.

—Entonces deben ser más de diez mil personas —dijo Andrés—. ¿Quizá unas quince mil?

—No tantas —dijo Jesús—, pero en unas horas más, probablemente sí.

—Las aldeas cercanas deben estar desiertas, maestro —dijo Pedro—. Todos vinieron a escucharte.

—Y a que sane sus enfermos.

—Por lo menos tuvimos un poco de tiempo para descansar —dijo Andrés, en referencia a los días pasados.

—Sí —dijo Jesús—. Pero mira a esta gente. Son como ovejas sin pastor. Será mejor que comience la enseñanza para que no se haga demasiado tarde.

Jesucristo dio un par de pasos adelante, y levantó los brazos. La gente entendió que estaba

por comenzar la enseñanza, y casi inmediatamente guardaron silencio. A Isaac le impresionaba siempre eso: la autoridad que comandaba la presencia de Jesús.

—Hijos de Abraham, ¡escuchen! —dijo Jesucristo, su voz fuerte, poderosa, como la de un león que rugía—. Escuchen el mensaje del reino de Dios.

Silencio total. Todos los ojos puestos en Jesús. El único sonido que se percibía era el placentero murmurar del mar, y una parvada de aves que surcaba el cielo.

—El reino de los cielos —dijo Jesús—, es semejante a un tesoro escondido en un campo.

Isaac sonrió. Había escuchado esa parábola antes, y era de sus favoritas. Siempre que predicaba Jesús, hablaba sobre el reino de Dios. Algunas veces enseñaba sobre lo bienaventurado que serían aquellos que entran al reino. Y muchas veces, Jesús enseñaba por medio de historias, que llamaba parábolas. Algunas de estas historias eran

favoritas de Jesús, y las contaba en diversas ocasiones y lugares, con ligeras variaciones. Y esta, en específico, era una de las que Isaac más disfrutaba, porque ¿qué niño no soñaba con encontrarse un tesoro? Había escuchado historias de tesoros escondidos en las islas del Gran Mar. Una ocasión, incluso, escuchó a un soldado romano contar una historia de piratas, mapas, y tesoros perdidos.

—Un hombre caminaba por ese campo — continuó Jesús—. Repentinamente, se percató de que algo brillaba en la tierra, la cual se había removido por unas lluvias recientes. Al escarbar, se encontró un cofre y, al abrirlo, para su sorpresa, estaba lleno de monedas de oro, piedras preciosas, perlas y collares.

Se escucharon varios *ohhhh* y *ahhhh* en la audiencia.

—¿Qué piensan que hizo el hombre? Ese terreno no era suyo.

—¡Compró el campo! —aventuró alguien.

—Pero ¿cómo lo compra, si no tenía dinero?
—preguntó Jesús.

—¡Vendiéndolo todo! —gritó otra persona, a quien Isaac no podía ver.

—¡Así es! —dijo Jesús—. Ese hombre, gozoso por haber encontrado el tesoro, lo escondió de nuevo. Regresó a su aldea, y vendió todo lo que tenía. Vendió su casa. Vendió sus animales. Incluso vendió toda su ropa, excepto la que tenía. Pero con ese dinero compró el campo..., el campo con el tesoro.

Jesús hizo una pausa dramática, mirando a la multitud.

—¡Así es todo aquel que viene al reino de Dios! Debe estar dispuesto a dejarlo todo. En verdad les digo, que si no están dispuestos a dejarlo todo: casa, hermanos, padre, madre, no son dignos del reino de los cielos.

11

Comenzaba a atardecer. Jesucristo había enseñado por varias horas seguidas, para luego sanar algunos enfermos. Cuando eso sucedía, era un evento impresionante de ver. Isaac no se cansaba de ello. En esta ocasión en particular, con miles y

miles de personas, los enfermos eran cientos en número.

En parte, la labor de los apóstoles era precisamente esa: organizar a la gente que venía a ser sanada. De acuerdo a Andrés, habían aprendido por las malas que, si no se organizaban desde un principio, la situación se salía rápidamente de control. Las personas venían a Jesús desesperadas. En una aldea apretujaron tanto al Maestro que estuvieron a punto de tener que sacarlo de emergencia.

—Hagamos tres filas —había dicho Pedro—. Si hacemos solo una, será demasiado larga.

—Buena idea —dijo Felipe, a quien Isaac no conocía todavía muy bien, pero era también de Betsaida, y conocía el lugar en el que estaban.

Eso hicieron. Unas tres horas después, comenzaban a menguar las filas de los enfermos. El problema es que se metería el sol pronto, y la gran mayoría no había comido nada. Aquellos que trajeron algo para almorzar, se lo acabaron horas

antes. Sin embargo, la gente no se iba. Querían escuchar más. Querían ver los milagros. Quería experimentar lo que significaba estar delante de Jesús, al cual algunos llamaban el Cristo.

Si bien Isaac todavía no estaba seguro de eso, los apóstoles de Jesús sí. Ellos lo llamaban “Jesús el Cristo”. Aunque varios discípulos seguían a Jesús, doce de ellos eran el grupo principal. A ellos Jesús llamaba “mis apóstoles”; es decir, “mis enviados”. El líder era Simón Pedro. Después estaba Andrés, hermano de Simón. Luego los hijos de Zebedeo: Jacobo y Juan. Luego Felipe; Bartolomé también llamado Natanael; Tomás el gemelo; Mateo el publicano; Santiago hijo de Alfeo; Simón el zelote; Judas de Santiago; y Judas el Iscariote.

Jesús hizo una señal con la mano, y los apóstoles se acercaron. Isaac también, aunque no demasiado porque no quería verse como un entrometido.

—Se hace tarde, y la multitud tiene hambre —

dijo Jesús.

—El lugar es desierto —dijo Pedro—, y la hora ya muy avanzada. Oscurecerá pronto.

—Maestro —dijo Juan, vacilante—, probablemente sea mejor que los despidas para que vayan a los campos y aldeas de alrededor, y compren pan, pues no tienen qué comer.

—Ellos han venido a mí para recibir el pan espiritual —respondió Jesús—. Pero también es necesario darles pan físico. Denles ustedes de comer.

Los apóstoles se quedaron congelados. Evidentemente no esperaban que Jesús les dijera semejante cosa.

—Maestro —dijo Andrés—, nunca hemos alimentado una multitud así. Incluso si quisiéramos, no vinimos preparados.

—Felipe —le dijo Jesús—, tú eres de Betsaida. Eres la persona indicada para esto. ¿De dónde compraremos pan para que coman?

A Felipe se le cayó la quijada. Negando con la

cabeza dijo:

—Doscientos denarios de pan no bastarían para que cada uno de ellos tomara un poco.

—Ni siquiera tenemos la mitad de eso en la bolsa, maestro —dijo otro de los apóstoles, uno joven y de buen parecer, llamado Judas el Iscariote.

—¿Cuántos panes tienen? —preguntó Jesús—. Vayan y revisen.

Fue en ese preciso momento que Isaac recordó el bolsón que su madre le había dado. El día había sido tan ocupado que lo olvidó por completo.

¿Qué le había dicho su madre? *Compártelo con Andrés y Pedro.*

Abrió la bolsa, y miró adentro.

Cinco panes de cebada, y dos peces pequeños.

Los ojos de Isaac se llenaron de lágrimas. Incluso estando en pobreza, con poca comida en casa, apenas suficiente para ellos, su madre le había puesto comida no solamente para él, sino para compartir.

La situación que padecían no era culpa de su madre. Unas lágrimas descendieron por sus mejillas al recordar el dolor del día cuando se enteró que su padre los había abandonado. Ni siquiera se despidió de él. Simplemente los dejó para nunca regresar, con deudas que no podrían pagar.

Los cinco panes eran pequeños, y además de cebada. Era bien sabido que esa era la comida de los pobres. Además, se sentían ya un poco duros, y probablemente sin mucho sabor. Los dos peces eran un par de sardinas. Apenas un bocadillo.

No pudo evitar pensar también en aquel publicano de baja estatura al que le debían mucho dinero. Aunque no había regresado en los últimos meses, por razones que no conocían, sabían bien que regresaría. Y cuando lo hiciera, tendrían que darle el dinero, o su hogar.

Incluso con esa necesidad, su madre le dio esta comida. Siete pedazos de comida. El número de la perfección, de acuerdo con algunos rabinos.

Quizás, incluso, su madre se quedó sin almorzar, con tal de darle a su hijo un poco de comida que pudiera compartir con alguien más.

Los apóstoles buscaban comida en sus alforjas. Felipe incluso indagaba entre la multitud por caras reconocidas, para preguntarles si tenían un poco de pan.

Isaac buscó a Andrés, y cuando lo encontró le dijo:

—Yo tengo un poco de alimento.

El rostro del apóstol se iluminó, pero solo por un momento. Probablemente recordó la condición de la familia de Isaac, y supo rápidamente que sería poca comida. Miró dentro del bolsón.

Aunque intentó disimularlo, Isaac notó que los ojos de Andrés se llenaron también de lágrimas.

—No, hermano mío —le dijo Andrés—. Esto es para ti. Consérvalo tú. Come un poco, que no has comido nada en todo el día, debes estar exhausto.

—¡De ninguna manera! —respondió Isaac—.

Mi madre me dio instrucciones claras que esto era para compartir. Así que quiero compartirlo. Por favor.

—Muy bien. Tomaré un par de panes, el resto es para ti.

—No, Andrés. Dáselo todo al maestro.

—¿Estás seguro? —le preguntó haciendo una mueca.

—Completamente seguro.

—Está bien. Acompáñame.

Increíblemente, en medio de toda la multitud, no encontraron más comida. Solamente eso. Los panes y los pececillos. Era todo. Lo trajeron a Jesús.

—Maestro —dijo Andrés—. Aquí está este muchacho, Isaac. Tiene cinco panes de cebada y dos pececillos. —Le entregó la comida a Jesús, quien la tomó con un semblante de agradecimiento. Andrés agregó, un poco avergonzado—: Pero ¿qué es esto para tantos?

—No te olvides, Andrés —le dijo Jesús—,

que la vara de Moisés era tan solo una vara de madera. Pero en las manos de Dios, se convirtió en la vara de Adonai. —Jesús miró hacia la multitud y agregó—: Hagan recostar a la gente.

12

Cuando Jesucristo mandó recostar a la multitud, Isaac supo, inmediatamente, que un milagro estaba apunto de suceder.

Lo sintió en el vibrar de su alma. Casi podía sentir sus huesos titiritar. Los apóstoles, perplejos,

obedecieron la orden de Jesús, y comenzaron a pasar la voz: que todos se recostaran.

La multitud obedeció sin decir mucho, sin quejarse. Tenían hambre, sí, pero hasta ese momento nadie había reclamado por comida. Entendían que para Jesús y sus discípulos era absolutamente imposible proveer comida para semejante cantidad de gente.

Ni siquiera Herodes podría alimentar a tanta multitud sin primero planear cuidadosamente el evento. Y a Herodes no le gustaba andar dando comida. No le importaban los pobres, los necesitados, los enfermos. Para él, lo más importante era mantener a Roma contenta, y a la élite de los judíos tranquilos.

Cuando la gente se había ya sentado, y los apóstoles regresaron a Jesús, les dio más instrucciones. Les pidió buscar entre las personas cualquier tipo de cesta, alforja, vasija, jarrón, platos, o cualquier otro utensilio que pudiera servir para juntar y repartir comida.

De nuevo, los apóstoles tenían un semblante interesante. Una mezcla de desconcierto y emoción. Incluso, se percató Isaac, los ojos de Andrés revelaban temor. Sí, un temor reverente ante Jesús.

Pasó quizás la mitad de una hora, o un poco más. Juntaron todas las vasijas que pudieron, y lo pusieron allí, cerca del Maestro.

Jesús entonces tomó primero un pedazo de pan. Lo puso entre sus dos manos, listo para partirlo. Elevó sus ojos al cielo, y oró:

—Bendito eres tú, Adonai nuestro Dios, soberano del universo, que traes el pan de la tierra. Bendito sea tu nombre, porque por tu palabra los cielos y la tierra han sido creados. Hiciste todo de la nada. Y ahora, para gloria tuya, y para que sepan que soy tu Hijo, multiplica, oh Adonai, este pan.

Partió un pedazo de pan, el cual Pedro recogió en una cesta. Luego partió otro pedazo. Un tercero. Cuarto, quinto, sexto...

Isaac pensó que era algún tipo de ilusión óptica. Cada vez que partía el pedazo de pan, era como si no lo hubiera hecho. Como si inmediatamente creciera pan del pedazo. ¿Qué es lo que sucedía? ¿Cómo podían salir veinte, treinta, cuarenta pedazos de tan solo una pieza? ¿Cómo podía estarse llenando la cesta que Pedro tenía en sus manos? Los ojos de Pedro lo decían todo. Estaban bien abiertos, atónitos, su quijada desencajada.

Isaac recordó aquella historia que su madre le contó muchas veces. La de la viuda de Sarepta. De hecho, memorizó esa parte de la Escritura:

Porque el Señor Dios de Israel ha dicho así: La harina de la tinaja no escaseará, ni el aceite de la vasija disminuirá, hasta el día en que el Señor haga llover sobre la faz de la tierra.

Algo así estaba sucediendo frente a sus ojos, con Jesús. Estaba creando pan. Sí, no había otra manera de decirlo. Este era un milagro de creación.

Después de llenar dos cestas enteras, Jesucristo sacó los pececillos. De la misma manera, levantando los ojos al cielo, oró:

—Bendito eres tú, Adonai nuestro Dios, soberano del universo, por cuya palabra todo llegó a ser. Multiplica ahora esta comida, para gloria tuya, y para que sepan que yo soy tu Hijo.

Isaac sentía su corazón tan acelerado que por un momento sintió un poco de pánico. Pero es que estaba teniendo una reacción física ante lo que veía. De la misma manera que con el pan, Jesucristo estaba multiplicando el par de sardinas. Aunque lo veía con sus ojos, no lo podía explicar. Iba más allá del asombro. Su mente le decía que estaba engañándose, que era imposible lo que sus ojos miraban.

Pero allí estaba la comida. Los pedazos de pan, y ahora de pez, eran testigos del suceso. Su testimonio era irrefutable. De cinco panes y dos peces, estaban llenándose cestas enteras.

Los discípulos se encargaron de la repartición.

Pero era tanta la comida que necesitaron ayuda de otras personas que estaban allí sentados cerca. Por supuesto, Isaac ayudó también. Le dieron un plato repleto de pan, para repartir. Pedro daba instrucciones para que la repartición fuera rápida y organizada.

Jesucristo seguía multiplicando la comida.... creando comida.

Los que estaban cerca del Maestro, al ver lo sucedido, irrumpían en alabanzas y gritos de aleluya y gloria. Algunos aplaudieron. Un grupo grito: “Aleluya al Mesías, el hijo de David”.

Comenzaron todos a comer. La gente estaba feliz, contenta. Alguien preguntó si podía tomar otro pedazo de pan, a lo cual Felipe, al ver la cantidad de comida que había, y al percatarse que Jesús seguía multiplicándola, contestó:

—Sí, coman hasta saciarse.

Isaac iba en su tercera vuelta de repartición cuando sus tripas le rugieron. No pudo resistirse más, y tomó un pedazo de pan. Se lo echó a la

boca y lo masticó.

¡Sabía delicioso! Este no era el pan de cebada que su madre le había dado, ¿o sí? Estaba exquisito. Incluso parecía estar un poco caliente, como si acabara de salir de los hornos de la panadería de don Silem. Probó entonces el pescado, y fue la misma experiencia. Sabía bien. Delicioso, incluso.

—No es posible —dijo Isaac en voz alta, con la boca llena.

Llegó hasta un grupo de personas sentadas, una familia, y les dio a todos de comer.

—Hijo —le dijo un hombre anciano a Isaac—, ¿de dónde sacaron comida para tantos?

Isaac no estaba seguro cómo responder:

—Jesús, el Maestro.

—Pero ¿dónde la tenían guardada?

—En ningún lado —respondió negando con la cabeza—. Solo tenía cinco panes y dos peces. Y los multiplicó. Jesús lo hizo.

Los ojos del anciano se abrieron grandes:

—¡Este hombre es el Cristo! —dijo.

Mientras regresaba Isaac con el plato vacío para llenarlo de nuevo y llevarlo a otras personas, pensó:

Sí. Jesús es el Cristo. El mesías. El hijo de Dios. El Maestro de milagros.

Cuando comenzaba a anochecer, Jesús mandó que se recogiera toda la comida que sobraba. Al final, se llenaron doce cestas de comida. Pero eran las cestas más grandes que tenían. Así que era bastante comida, suficiente como para un banquete.

—Maestro —dijo Andrés—, ¿qué haremos con toda esta comida?

Jesús se acercó a Isaac. El Maestro puso una rodilla en tierra, y una mano sobre su hombro.

—Isaac: los cinco panes y los dos peces eran tuyos. Sin embargo, Dios puso en tu corazón compartirlo. Y Dios multiplicó la comida.

—Fue increíble, Maestro —respondió Isaac—. Asombroso.

—Las doce cestas son para ti.

Una pausa. Se quedó sin habla. ¿Para él?

Anonadado, respondió:

—¿Para mí...?

—Sí. Le pediré a Pedro y Andrés, a Santiago y a Juan, que te ayuden a llevar la comida hasta tu casa. Quiero que la vendan los próximos días. Usen ese dinero para lo que necesiten. Recuerden esto: el Padre celestial ve nuestras necesidades, y suple para ellas. Y Él nunca nos abandona.

13

Algunos días después...

Había un alboroto en la ciudad de Jericó.

Zaqueo podía escucharlo desde su casa: el gentío afuera. Era como si todos y cada uno de los

ciudadanos hubieran salido a las calles. Pero no era algún tipo de manifestación, tampoco una peregrinación a Jerusalén.

Estaban todos afuera por el rumor.

El rumor de que Jesús el Galileo pasaría por allí, de camino a la fiesta de la Pascua en Jerusalén.

La capital de Israel, por supuesto, no estaba lejos de Jericó. Muchos peregrinos que venían subiendo a la fiesta desde Galilea pasaban por allí.

Pero la llegada del joven rabino causaba una sensación en todos. Su fama se extendía por toda la tierra de Judea, en especial después de aquel milagro de la multiplicación de la comida. Dicho milagro causó tal conmoción en el norte de Israel, que pronto todos hablaban sobre eso, incluso en las ciudades del sur, como Jericó. Por no mencionar a Jerusalén.

—Padre —escuchó una voz a sus espaldas—, ¿vas a salir?

Era Ezer, su hijo.

—Sí, hijo mío. Saldré y espero regresar pronto.

—¿Adónde irás?

—Voy a ver si puedo verle.

—¿A quién, padre?

—A Jesús, el Galileo. Pasará por nuestra ciudad.

Ezer se emocionó:

—¿Al que me sanó? —dijo acercándose.

—El mismo.

—¡Yo también quiero conocerle!

—No, hijo. La multitud es demasiada. No estoy seguro de poder siquiera acercarme yo. Incluso si lo hago, no me reconocerá. Solo intentaré darle las gracias.

—Yo te puedo ayudar, padre, a encontrarlo.

—No, no. Te quedarás aquí. Si puedo cruzar palabras con él, le daré gracias de tu parte.

Dicho eso, se puso la capa, tomó un bastón, y salió.

La casa de Zaqueo era grande, una de las más

grandes en la ciudad. Se encontraba relativamente cerca de la calle principal, por la cual seguramente pasaría Jesús. Entraría por la puerta norte, se imaginaba, y atravesaría la ciudad entera. No tenía idea de los planes del rabino, si pasaría rápido por la ciudad o se quedaría en algún mesón, o con algún conocido.

Al acercarse a la calle principal supo que ver a Jesús sería un problema. Estaba completamente atiborrado de gente. Además, él era un hombre de baja estatura. Sería prácticamente imposible ver al joven rabino.

Intentaré por otra calle, se dijo. Pero resultó igual. No importaba por cuál dirección lo intentaba, todo estaba lleno, absolutamente lleno de gente.

Se comenzó escuchar un murmullo. Después algunas voces. Luego:

—¡Allí viene Jesús!

—¡Es el Maestro!

—¡Aleluya al Mesías!

No podré hacerlo, pensó Zaqueo. No podré verle.

Sintió tristeza en su corazón. Solo quería agradecerle por lo que hizo días atrás. Un milagro, estaba seguro Zaqueo. Su hijo sanó con la simple palabra de Jesús. Lo pudo corroborar porque, al llegar al mesón, lo encontró recuperado. Al preguntar la hora en que se comenzó a sentir mejor, coincidía con el momento en que Jesús le dijo: “Dios ha visto tu fe. Ve a tu casa. Tu hijo ha sanado”.

Zaqueo, desilusionado, estuvo apunto de darse por vencido y regresarse a su hogar, cuando vio algo que le dio una idea.

¡Un árbol sicómoro!

Había uno allí, cerca de él, y también cerca de la calle por donde pasaría Jesús. Vaciló un instante, pensando en lo que la gente pensaría, sobre todo si alguien lo reconocía. ¿Qué dirían al ver a Zaqueo, el jefe de los publicanos de Jericó, encima de un árbol como un niño pequeño?

¿Y eso qué importa?, se dijo. Si puedo por lo menos ver a Jesús, valdrá la pena.

Dejó su bastón recargado en el tronco, y subió el árbol. Mientras trepaba, el vociferar de las personas arreció, indicando que Jesucristo se acercaba. Así que se dio prisa, con cuidado de no resbalar, porque si algo no quería era terminar en el suelo con la cabeza abierta.

Lo logró. Se sentó en una rama, y miró hacia abajo. En ese preciso momento, Jesús de Nazaret dio vuelta en una esquina, y caminó en su dirección, apretado por la gente a su alrededor que lo tocaban, lo bendecían, lo alababan.

—¡Maestro! —gritó Zaqueo—. ¡Maestro!
Imposible que lo escuchara. Los gritos hundían su voz.

—¡Maestro, aquí! ¡Aquí arriba!
Cuando estaba casi frente al sicómoro, repentinamente, Jesús se detuvo. Levantó la vista, y lo miró. Ni siquiera lo buscó. Como si supiera exactamente dónde estaba.

Zaqueo se estremeció.

Jesús levantó ambas manos, pidiendo un poco de silencio. Cuando las voces menguaron, el rabino dijo:

—¡Zaqueo!

Al escuchar su nombre, por poco se va de espaldas. Sintió que un cosquilleo le invadió el cuerpo. Su corazón amenazaba con fracturarle alguna costilla.

—Zaqueo —dijo Jesús de nuevo—, ¡date prisa, desciende! Es necesario que hoy yo me hospede en tu casa.

—¡Sí, Maestro! —respondió estupefacto, y descendió, con el corazón reventando, pero de gozo.

14

Zaqueo sabía perfectamente bien que todos los escribas y fariseos de la ciudad estaban ardiendo de enojo cuando se enteraron que Jesús de Nazaret se hospedaría en la casa del jefe de los publicanos.

Pero no era porque ellos querían que el joven

Galileo posara en alguna de sus casas. Para nada. Tenía más bien que ver con que ellos odiaban a todos los publicanos en general, y a Zaqueo en específico, por ser el jefe recaudador de la ciudad.

Todos los publicanos eran expulsados de la sinagogas, así que era inaudito que un rabino entrara a una casa de un hombre a quien consideraban inmundo.

Zaqueo, sin embargo, estaba inmensamente feliz. Decidió hacer un gran banquete esa tarde, y rápidamente invitó a todos sus amigos, los cuales, por supuesto, vinieron. Tenían todos un gran interés de ver y hablar con aquel hombre que hacía milagros y se atrevía a andar con los pobres, con los marginados, con los publicanos, con los pecadores desechados por la sociedad.

Jesús vino a su casa con sus apóstoles, doce hombres en total. Para Zaqueo no fue problema encontrarles cama a todos, puesto que su casa tenía el espacio suficiente.

Esta tarde, el banquete comenzó en el patio

central de la casa, un patio amplio y hermoso, lleno de plantas y árboles pequeños. No reparó en gastos. Había vino de buena calidad suficiente para todos, además de todo tipo de fruta y algunas verduras, nueces de diversos tipos, carne exquisita...

Contando a Jesús y sus discípulos, eran unos cincuenta invitados, hombres y mujeres, exceptuando los niños.

Jesucristo se veía contento, sonriente, hablando con todos. Zaqueo notaba, sin embargo, cierta aprensión en él. Se preguntaba si se debía a su viaje hacia Jerusalén. Había mucho bullicio al respecto, y se rumoraba que el sanedrín planeaba hacer algo en su contra.

Ezer conversaba con Jesucristo, el cual le había pedido que se sentara junto con él. Le hacía preguntas sobre la Escritura, y Jesús las contestaba todas. Aunque Ezer tenía 10 años, Jesús no lo trataba como si fuera un niño ignorante, sino que le hablaba como si fuera un adulto.

Así era Aholí, pensó Zaqueo. Su esposa, cuando comenzó a enfermar, le hablaba al pequeño Ezer como si fuera ya grande. Tienes que ser fuerte, Ezer, le decía, y cuidar de tu padre.

Zaqueo se acercó a Jesús.

—Maestro, ¿hay algo que necesites? ¿Tú o tus discípulos?

—Nada, Zaqueo. Excepto agradecerte por tu magnífica hospitalidad. Probablemente este sea el penúltimo gran banquete que yo pueda disfrutar antes de mi hora.

No entendió a lo que se refería Jesús con eso, así que agregó:

—No quería dejar pasar la oportunidad para agradecerte por lo que hiciste con mi hijo. Es mi único.

—Da gloria a Dios, hermano mío.

—Lo he hecho. No he parado de pensar en ello; en la misericordia que Dios ha tenido conmigo, incluso cuando yo nunca lo he tenido a Él en primer lugar.

—Eso debería cambiar, ¿no te parece?

—Sí, pero ¿qué debo hacer?

—Aquello que Dios ha puesto en tu corazón —respondió Jesús, seguro.

Zaqueo se sorprendió. Efectivamente, había dormido mal las últimas dos semanas, revolviéndose en su cama, con unos pensamientos divagando por su mente, sin dejarlo dormir. ¿Era Dios que intentaba decirle algo? No había estado seguro. Pero ahora lo estaba.

Zaqueo asintió.

—Queridos amigos, les pido su atención —dijo el jefe de los publicanos, en voz alta—. Agradezco a cada uno de ustedes por venir a este banquete, aunque la invitación fue de último momento.

—Un banquete espléndido, Zaqueo —dijo uno de los invitados, un hombre regordete y con las mejillas algo rojas.

—Principalmente doy gracias al maestro Jesús por dignarse a comer entre nosotros, y posar en mi

casa.

Jesús inclinó la cabeza con una sonrisa en los labios.

—Tengo días sin poder dormir bien, pensando en la misericordia que Dios demostró a mi hijo por medio de Jesús. Me he dado cuenta que he vivido solamente para mí, en lugar de dedicar mi vida a Adonai.

Hizo una pausa.

—Así que hoy, enfrente de ustedes, hago mi voto a Dios. —Luego, dirigiéndose a Jesús, dijo— : Soy un hombre rico. Pero he aquí, Señor, doy la mitad de mis bienes a los pobres. Y si he cometido algún fraude, se lo devolveré a esa persona cuadruplicado. Dios es mi testigo, y ustedes también.

Se hizo otra pausa, algo incómoda. Pero repentinamente, Jesús aplaudió. Luego sus discípulos. Luego todos los invitados aplaudieron, dieron gloria a Dios, y más de tres se pusieron de pie para abrazar a Zaqueo, incluyendo Jesús.

—Hoy ha venido la salvación a esta casa —
dijo Jesús—. Zaqueo es también hijo de Abraham.
Yo, el hijo del hombre, he venido a buscar y a
salvar lo que se había perdido. —Miró a Zaqueo y
agregó—: Y hoy lo he encontrado.

15

Días más tarde...

Isaac llevaba un par de días sin salir de su pequeña habitación, en su casa. Lloraba inconsolablemente. Su madre intentaba darle palabras de aliento, pero

nada funcionaba.

Se trataba de Jesús. Lo habían crucificado en Jerusalén. Lo sepultaron después en una tumba cercana.

Isaac simplemente no lo podía creer. ¿Cómo se atrevieron a quitarle la vida? Aquel que había hecho milagros, dado de comer a miles, sanado a incontables personas, resucitado a muertos....

¿Cómo podía ser?

Alguien tocó a la puerta. Aunque no tenía ganas de salir, Isaac se esforzó. Pero cuando abrió la puerta, se quedó pasmado.

Era el hombre publicano al que le debían.

Finalmente había regresado.

Solo que su semblante era diferente. Ya no tenía ojos autoritarios. Más bien los tenía un poco rojos. Parecía que él también había llorado mucho. Su vestimenta había cambiado, igualmente. Más sencilla.

—Shalom, hijo. ¿Me permites pasar?

Isaac miró hacia atrás por encima de su

hombro, y vio a su mamá que se asomaba y decía que sí con un gesto. El hombre entró y se sentó en un banquillo en la esquina. Se quedó en silencio. Mudo.

Isaac y su madre se sentaron también.

Puesto que el publicano no pronunciaba palabra, Elisa dijo:

—Señor Zaqueo, esperábamos su visita.

Levantó la vista y los miró, casi sorprendido de estar allí.

—Hemos recaudado fondos gracias a una gran venta de comida que logramos hacer.

—¿Sí? —dijo el pequeño hombre, llamado Zaqueo.

—Sí, gracias a mi hijo Isaac que logró conseguir esa comida.

—No fui yo, madre. Fue gracias a Jesús. Él fue el que nos la dio.

Los ojos del publicano se abrieron grandes.

—Tiene toda la razón mi hijo —dijo ella—. Se lo debemos todo a Jesús.

—¿Son ustedes discípulos del Maestro? — preguntó Zaqueo.

—Sí, los somos —respondió Isaac.

Zaqueo sonrió y murmuró:

—Todo tiene sentido. Todo tiene sentido.

—No logramos recaudar todo el dinero que usted nos pidió. Pero sí una parte. Esperábamos poder apelar a su misericordia y que nos diera un poco de tiempo. Sé que nos había dicho que no, pero por favor, tome este dinero y denos un poco de prórroga, por misericordia —dijo ella mientras le extendía una bolsa con monedas.

Zaqueo alzó una mano, enseñándoles la palma, como diciendo: Deténganse.

—No es necesario que me dé el dinero, señora Elisa.

Ella abrió la boca para decir algo, pero nada salió de sus labios.

—Siéntese, por favor, señora Elisa.

Ella lo hizo, acomodándose en el banquillo.

—Su deuda ha sido perdonada por completo.

Un silencio.

—¿Cómo dijo?

—Su deuda ha sido perdonada. Toda. Por completo.

Isaac miró a su madre, pero ella estaba como perdida. Isaac no lo podía creer. ¿Había escuchado bien?

—Yo también soy discípulo del Maestro. De Jesús. Recibí por medio de la fe en Él el perdón completo de Dios. Mi deuda con Adonai ha sido saldada. ¿Cómo no he de perdonar yo también a otros? No solamente he decidido perdonar su deuda, sino vengo a darles esto. —Les extendió él una bolsa, una bolsa algo grande, que tintineaba.

Elisa la tomó, y la abrió. Estaba llena de denarios.

Llena-de-denarios.

—¿Pero qué es esto? —respondió atónita.

—Señora Elisa —dijo Zaqueo—: lamento mucho lo sucedido con su esposo. No puedo comenzar a entender el dolor por el que han

pasado. Pero es en parte mi culpa. Yo no me comporte con él de manera recta, sino que caí en la usura. Así que ahora les devuelvo, cuatro veces más, la deuda que ustedes tenían conmigo. — Zaqueo se puso de pie—. Si Dios me ha perdonado todo a mí, ¿cómo no he de perdonar yo también? Que Dios esté con ustedes.

Elisa se soltó a llorar. Le dio las gracias al publicano entre sollozos.

—Dé la gloria a Dios, hermana —le respondió Zaqueo con una sonrisa.

El publicano se quedó allí un instante más, sin saber bien qué hacer, entre contento y triste. Finalmente se dio la vuelta y, despidiéndose, salió de la casa.

Isaac salió detrás de él.

—¿Señor Zaqueo!

—¿Sí? —dijo dándose la vuelta.

—¿Estuvo usted allí? ¿Estuvo con Él, cuando murió?

—Estuve en Gólgota. Lo vi morir —le

respondió con ojos llenos de lágrimas.

—¿Cómo puede ser que esté muerto?

—No lo sé. No lo entiendo —dijo
mordiéndose el labio—. Sin embargo, de camino
hacia acá escuché el rumor.

—¿El rumor?

—Sí. ¿No lo han escuchado ustedes?

—No. ¿A qué se refiere?

—Hay un rumor —dijo Zaqueo, mirando
hacia el sur, en dirección a Jerusalén—. Dicen que
ha resucitado de los muertos. Que la tumba está
vacía, y que algunos de sus discípulos lo han
visto. Pero eso es imposible... ¿no?

Isaac sentía que todo su cuerpo temblaba. Le
había invadido una emoción indescriptible. Quería
gritar de alegría. Quería saltar.

Lo que hizo no se lo esperaba. Fue y abrazó a
Zaqueo. El publicano le regresó el abrazo. Fuerte.
Apretado. Como un padre a un hijo.

—No es imposible para Él —dijo Isaac—.
Nada es imposible para Él.

Fin

Monterrey, México.

Noviembre 2022

* * *

Otras novelas por Emanuel Elizondo:

*Cornelius: Buscaba venganza. Encontró
redención*

Mi Mesías

Búscalas en librerías y en tiendas digitales

DETRÁS DEL TECLADO

Una nota al lector

La idea de *El Maestro de milagros* comenzó con el propósito de escribir una novela corta para recaudar fondos para los gastos médicos de mis dos hijos. Hace tiempo prediqué la porción en el Evangelio de Juan sobre la alimentación de los 5,000, y de allí obtuve la idea de escribir esta historia. Me llamó la atención este niño que estuvo dispuesto a dar lo que tenía, aunque era poco, y ponerlo en las manos de Jesús.

Mientras escribía el primer capítulo, surgió la idea de entrelazar la historia del niño, a quien

llamé Isaac, con la historia de Zaqueo el publicano. Cómo yo escribo para descubrir, no tenía idea de cómo terminaría la historia, pero sabía que incluiría el episodio de la alimentación de la multitud, y también el llamado de Jesús a Zaqueo.

Al principio iba a ser una historia de unas 50 hojas, pero mientras la escribía me di cuenta que era una historia más larga. El resultado, pienso, es una novela corta dramática que nos habla de la misericordia de Dios, el perdón, y la fe.

Si gustas, comparte este libro con quien quieras. Espero que hayas disfrutado viajar conmigo a la tierra de Galilea y Judea. Ojalá no sea la última vez.

—*Emanuel Elizondo*